

Dos años

Educar en la honestidad.

¿Miente?

¡No!

Quiere contarnos
(de manera torpe)
algo importante

Cuando decimos a un niño: «Estás mintiendo, ¡has sido tú el que ha roto el jarrón!» creemos que estamos actuando correctamente. Pero no es así. Esta manera de proceder no va a solucionar el problema y, además, tiene más posibilidades de favorecer la mentira en un futuro.

El pequeño, a esta edad, no tiene capacidad para mentir conscientemente. Atribuir mala intención a sus palabras o mostrarle con la evidencia que lo que dice no es verdad, no ayuda y puede ser contraproducente a la hora de construir una relación sana con la verdad y la mentira.

Primero hemos de entender por qué dice lo que dice (qué es lo que de verdad nos está comunicando) y enseñarle a encontrar una forma adecuada de respuesta, de manera que no tenga que recurrir a la mentira. ¿Por qué miente? ¿Cómo debemos responder? ¿Cuáles de nuestras respuestas no son efectivas?

**1**
Ejemplo

Luis, con las manos a la espalda, se empeña en negar la presencia de su osito Mais en la habitación, ese que mamá ha anunciado que meterá en la lavadora. Mamá está frente a él, la mirada clavada en la oreja del oso que sobresale tras su espalda: «Última oportunidad: ¿seguro que Mais no está aquí?». Luis niega con la cabeza. Su madre se exaspera: ¡le está MINTIENDO! ¡Ya! ¡Tan pequeño! ¡Lo habrá aprendido en la guardería?

«¡Luis, no me mientas, lo estoy viendo! ¡Lo tienes en la espalda!», dice la madre con argumento irrefutable.

¿Por qué no dice la verdad?

Intenta salvar a su osito

El pequeño Luis está aterrorizado. Miente para salvar a su oso. La imagen de Mais dando vueltas en la lavadora le aterra tanto como horrorizaría a su madre la imagen de Luis siendo centrifugado. Por supuesto, si sacáramos el oso de su espalda y le preguntáramos por qué no ha dicho la verdad, Luis no sabría explicar su miedo. Su lenguaje es aún limitado y sus sentimientos también: ¡ni siquiera sabe que siente lo que siente! Los niños de esta edad mienten a veces para protegerse o para proteger cosas valiosas. Es una medida de supervivencia.



2 Ejemplo



Adrián dice: «¡Hay un monstruo en mi armario!». Da igual que le demos la vuelta al armario y lo vaciemos. En cuanto cerremos la puerta, nuestro hijo volverá a jurar que hay un monstruo ahí metido. Su cara de terror casi siempre nos disuade de que quiera tomarnos el pelo y atribuimos el episodio a su imaginación.

¿Por qué no dice la verdad?

Quiere vencer el miedo

Aunque el monstruo no habite físicamente en el armario... ¡el monstruo existe! Es un miedo abstracto que habita en su mente y que él ha conseguido concretar poniéndole nombre y atribuyéndole una forma. Afrontar este miedo forma parte de su evolución y crecimiento.

Nuestra respuesta

MAL Negar la presencia del monstruo, demostrarle científicamente la inexistencia de brujas o de cualquier personaje terrorífico, contarle cuentos que siempre acaban bien para que no tenga miedo de los monstruos o reírnos de su ocurrencia.

BIEN Buscar con él soluciones. Hacerle preguntas para que él mismo encuentre salidas: «¿Qué podemos hacer para no tener miedo del monstruo?» A lo mejor hoy le echamos la llave al armario y mañana le invitamos a salir de él y escuchar un cuento con nosotros. «¿Cómo se llamará? ¿Crees que el monstruo también tendrá miedo de nosotros?»

Ayudarle a hacerse amigo del monstruo puede ser una gran idea. Estos casos no tienen nada que ver con falta de honestidad, los niños están siendo «honestos», el miedo es real. Necesitan no solo que nosotros les escuchemos, también que les comprendamos.

Nuestra respuesta

MAL «No me mientas, ¡lo estoy viendo, lo tienes en la espalda!». Esta respuesta está ignorando el problema, y no está dando al niño herramientas para ser honesto en el futuro. Además, le está devolviendo una imagen negativa de sí mismo.

Su madre, enternecida por el gesto de Luis, hace como que se cree lo que le dice y se marcha, renunciando a lavar el osito.

Con esta otra respuesta le está transmitiendo que puede enfrentar sus miedos negando las cosas, lo que reforzará en el futuro la actitud de negar (y mentir, si hace falta). Además, nosotros no estamos siendo honestos con él: sabemos que lo que dice no es verdad, pero estamos haciendo como si lo creyéramos.

BIEN La respuesta efectiva es la que le ayuda a expresar su miedo y a encontrar una solución. Como aún no sabe expresarlo, quizá hemos de hacerlo nosotros por él. «¿Tú crees que se ha escondido porque tiene miedo de la lavadora?», le podría preguntar su madre empática, a lo que seguramente respondería que «sí». «Pues es verdad, yo también lo tendría... ¿Y si lo buscamos y le decimos que lo vamos a bañar en la bañera? A ver, a ver... ¡Míralo, si está aquí! ¡Se había escondido detrás de tu espalda!», le decimos ofreciéndole una salida digna.

LA CLAVE

Cuidado con lo que les decimos: ¡Se lo creen todo!

Si le decimos a nuestro hijo «eres un mentiroso», tenemos muchas posibilidades de que se convierta en mentiroso en el futuro. Si le devolvemos una imagen positiva de sí mismo y le ofrecemos claves para responder de forma diferente, le estamos enseñando a ser honesto.



Ejemplo

Marina asegura no haberse comido las galletas cuyas migas decoran la camiseta y la comisura de su boca. El pescado acaba de salir del horno, ¿qué va a pasar ahora con la comida?

¿Por qué no dice la verdad?

Busca que no la castiguen

Marina no ha tenido la madurez suficiente para contenerse (nosotros mismos no la tenemos muchas veces). Las vio tan apetitosas... Luego llegó la pregunta: «¿Te has comido las galletas?!». Así que ella dijo que no se las había comido, como si así pudiera cambiar la realidad... Y de camino, evitar el castigo.

A esa edad los niños pueden pensar que si dicen que no lo han hecho, no lo han hecho. Es la versión hablada del *cu-cú tras*: si no lo veo, no está. Si digo que no lo he hecho, no ha ocurrido. Hemos de ayudarlo a aceptarlo y hacerse responsable.

Nuestra respuesta

MAL «Y si no has sido tú, ¿me puedes explicar qué hacen esas migas en la camiseta?»

Nunca hemos de poner al niño en posición de mentir o de elaborar una mentira. Aunque las migas sean una evidencia ante la que se rendiría el adulto, lo más probable es que Marina se invente algo inverosímil. Con este tipo de preguntas que acorralan la estamos ayudando a entrar en el círculo de la mentira.

BIEN Las respuestas efectivas parten siempre de la empatía: «Ay, esas miguitas... tenías mucha hambre, ¿verdad? Bueno, pero la próxima vez te voy a avisar de que estoy preparando la comida para que sepas que ya falta poco para comer y así dejaremos las galletas como postre». Podemos transmitirle que sabemos la verdad sin convertirla en mentirosa. Con esta respuesta le estamos enseñando a reconocer la verdad sin miedo.

LA CLAVE

No a los castigos si dice la verdad

Es importante crear en casa un espacio en el que no se castigue reconocer la verdad. Si les castigamos cuando reconocen lo que han hecho, les estamos enseñando a mentir la próxima vez, para protegerse.

Ejemplo

Héctor Ahí está el jarrón hecho añicos, el que nuestro gran amigo nos regaló en la boda, ese en el que siempre ponemos las flores y ese que protegemos con nuestro propio cuerpo cuando el niño pasa por delante con el balón, camino de la calle. El balón no está cerca, pero Héctor mira horrorizado los añicos. «¿Has sido tú?», le pregunta su madre con tristeza. «¡No!», grita Héctor como si hubiera sido acusado injustamente del mayor delito del mundo.

¿Por qué no dice la verdad?

Quiere evitar nuestro dolor

Para los niños no hay nada más importante que sus padres y los sentimientos de estos. Quieren complacernos, necesitan que estemos bien. Es muy probable que en este caso, peor que el castigo, sea haber roto el jarrón de mamá. Es posible que Héctor se sienta muy malo porque lo que ha hecho es ¡terrible!

Nuestra respuesta

MAL Como en todos los casos, no sería efectivo obligarle a reconocer la autoría, pero en este caso tampoco lo sería ignorar el suceso o quitarle importancia. Decir que «no pasa nada» probablemente no le aliviará ni dará salida al conflicto que se ha generado dentro de él.

BIEN Reconocer lo que ha pasado. «Vaya, se ha roto el jarrón, con lo que me gustaba... Estoy un poco triste. ¿Y tú? También te veo triste, tampoco tú querías que se rompiera, pero recuerda que tenemos que tener cuidado con lo que es importante... ¿Crees que podemos hacer algo para arreglarlo?». Por un lado reforzamos la idea de que tiene que esforzarse un poco más (si no, se puede llevar la idea de que «no pasa nada» y que el jarrón arreglado es igual que el jarrón entero). Por otra parte, le ofrecemos una salida: él ha sido parte del problema y le ayudará ser parte de la solución.



LA CLAVE

Verbalizar las emociones

Es importante que nosotros digamos en alto lo que sentimos y lo que probablemente sienten ellos. Eso les ayuda a identificar y gestionar sus propias emociones.

No está mintiendo

5
Ejemplo

Irene «¡Nos olvidamos del gallo y la gallina!», grita Irene justo al cerrar la puerta de casa. Se los ha «dejado» dentro y como van a estar fuera unos días, hay que volver a por ellos. Irene ya es mayor, pero el gallo y la gallina, invisibles ambos, la acompañan desde hace tiempo. Entre los dos y los siete años algunos niños tienen amigos invisibles, bajo muchas y variadas formas: un amigo de su edad, un perro que el niño asegura que vive en casa, el gallo y la gallina de Irene...

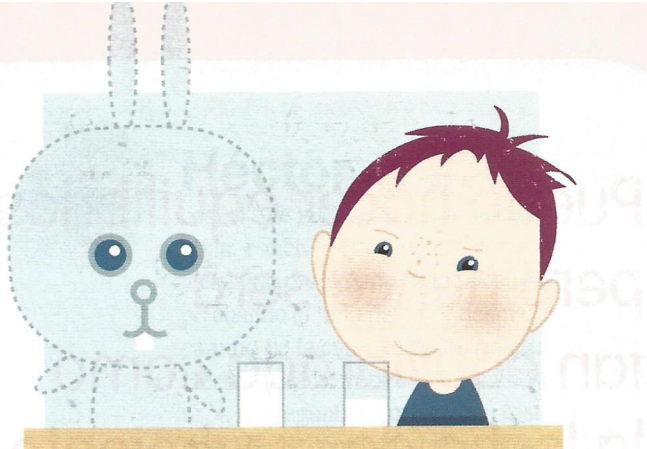
¿Por qué no dice la verdad?

Quiere proteger a su amigo imaginario

Los amigos invisibles son «reales» para los pequeños, aunque hay una parte de ellos que sabe que pertenecen al mundo de su imaginación. Forman parte de la evolución de muchos niños.

Nuestra respuesta

MAL Negarlo, demostrarle que no es real señalando que la comida que le ponemos en el plato no desaparece. Tampoco funciona hacer como si fuera real, cuidar del amigo invisible más que ellos mismos o acordarnos de él cuando el niño no lo hace. Es su amigo y él lo gestiona en función de lo que necesita.



BIEN Asumir con naturalidad lo que dice el niño sobre su amigo invisible, no reafirmarlo ni negarlo: «¿Sí, eso dice el gallo?» o abrir la puerta y preguntarle «¿ya han salido?». Escuchar lo que hay detrás de todo eso: ¿quizá el niño necesita estar con más amigos, se siente solo, o todo lo contrario y necesita un espacio propio para desarrollar su personalidad?

LA CLAVE

¡No hay ningún problema!

«¿Le estaré confundiendo sobre la realidad y la imaginación si no le digo que su amigo invisible no existe?». No, por muy pequeños que sean, hay una parte de ellos que sabe que pertenece al mundo de su fantasía.

Valorar positivamente las palabras de nuestro hijo cuando dice la verdad le animará a ser honesto

Siempre podemos decir: «Me ha molestado cuando me has mentado. Pero luego me has dicho la verdad, eso me ha gustado y además nos ayuda a resolver el problema que hemos tenido».



Fotos: Hofmann, Lainstock.
Dibujos: Getty-images, Braun.

Los papás también «mentimos»

«**Tienen dos y cinco años**», decimos sin ruborizarnos para pagar menos por la entrada de nuestro hijo mayor (de seis años) en el parque de atracciones. Total, por unos meses...

«**Esto estaba roto**», le decimos a la dependienta tras probarnos un vestido algo justito y que ha hecho *crack* en el momento de subirnos la cremallera. O, sin más, lo escondemos entre otros vestidos, como Marina habría hecho con las migas de las galletas si hubiera sido consciente de que la delataban. Es una situación un poco extrema... pero pasa.

«**No puedo ir a la cena**, llevo toda la tarde en casa con un dolor de cabeza...», le contamos por teléfono a una amiga para evitar esa cena que no nos apetece nada.

«**¡Pero si estaba en ámbar!**», le aseguramos al policía que se acerca para multarnos porque estaba rojo.

Nosotros también mentimos diariamente, ya sea para conseguir beneficios o evitar castigos, para protegernos, para gestionar nuestras relaciones sociales, para no decepcionar a alguien o para no asumir una responsabilidad que tendría un coste que consideramos demasiado alto. La mentira forma parte de nuestra vida, hemos de aceptarlo. Muchas veces es inconsciente, pero está en nuestra vida y no podemos pedir a nuestros hijos algo de lo que nosotros no hacemos. Ellos captan nuestra forma de relacionarnos con la realidad y con los demás, y la copian.

Iván Moreno ●

Asesora: Ana Fernández Salas. Psicóloga, Psicomotricista.
Educatriz y Formadora de masaje infantil (AEMI).

Próximo número:

Arquitectos: les encantan los juegos de construcciones